

El gran Joshua Bell por cuarta vez

Mario Córdova



En el cierre de la breve temporada 2024 de la Fundación Beethoven en el Teatro Municipal de Las Condes se presentó hace unos días el mundialmente aclamado violinista estadounidense Joshua Bell. Fue su cuarta visita a Chile en menos de dos décadas. Recuérdese que en las dos primeras ofreció recitales con piano y que en la siguiente vino con la célebre Academia de Saint Martin in the Fields, de la que es su Director Musical. En esa ocasión, dentro de un par de nutridos programas orquestales, fueron memorables sus intervenciones solistas junto a esa orquesta en conciertos de Mendelsohn y Bruch.

Esta vez nuevamente se acompañó de piano. Por Bell el tiempo pareciera pasar de largo, pues a sus 56 años sigue manteniendo la figura juvenil que siempre ha proyectado y continúa entregando, sin merma alguna, la misma excelencia aplaudida por tanto tiempo (su primera grabación data de 1988).

El repertorio que desplegó su reciente



actuación permitió audicionar obras algo distantes del primer circuito de masividad, aun cuando provenían de los célebres compositores Mozart, Schubert y Fauré. En los encores se sumaron piezas de Ysayé (el único momento de violín solo, con descanso del pianista

Peter Dugan), Wieniawski y el arreglo de un Nocturno de Chopin.

En esta amplia oferta la grandeza de Bell brilló y deslumbró, al transitar triunfante por las infinitas posibilidades que depara el repertorio violinístico. Que hubo momentos de

Bell brilló y deslumbró en las infinitas posibilidades del repertorio violinístico.

virtuosismo arrebatador, claro que los hubo, llegando a la cima en el “Scherzo-Tarantella” de Wieniawski del final; que, por el contrario, hubo momentos muy íntimos y apacibles, esos también llegaron, especialmente en aquel Nocturno chopiniano, cuya ensoñadora melodía llegó conmovedora.

Si por su extensión y diversidad temática las piezas de mayor contundencia interpretativa fueron la desconocida Fantasía de Schubert y la Sonata N° 1 de Fauré, la partida mozartiana trajo la sublimación del magnífico arte violinístico de Joshua Bell. Su minueto final volcó el más puro y amable clasicismo, demostrando que simpleza y belleza pueden caminar triunfales de la mano por sendas que exacerban lo melódico. Esa conjunción entregada a un intérprete de extrema calidad como el que aquí se tuvo, ya por cuarta vez, bastaba para no pedir nada más. Pero el recital recién comenzaba... Ahora, a esperar su pronta quinta visita.